En el computador de Rafael Chaparro quedaron inéditos cinco cuentos inéditos. En cada línea flotan sus ideas claras y a veces alucinantes. En cada palabra lleva al lector de los hechos reales y las calles parisinas a la fantasía, a la muerte y a la angustia.

Las cuatrocientas Espadas del Brandy

Por: Rafael Chaparro Madiedo

Me mataste. Eso es lo único que sé. También sé que estoy en el cielo. Por fortuna. Llevaba diez minutos de muerta y me pediste un cigarrillo. Yo busqué en mi cartera y te ofrecí uno de mis mentolados. Lo encendiste y te fuiste al balcón y lo fumaste en silencio mientras los fogonazos silenciosos del cigarro te iluminaban los ángulos del rostro. Afuera llovía. Era una lluvia mezclada con los pasos de los gatos que se deslizaban por los techos buscando un poco de calor. Me mataste en una noche de lluvia. Eso había sido demasiado para ti. Nunca has soportado la lluvia, ni los Stones más allá de las once de la noche. Después de las seis no puedes soportar las películas inglesas, ni los cafés cargados. Eres extraño Spada. Muy extraño. Ese día que me mataste me llamaste desde algún teléfono del parque Giordano Bruno y me dijiste hey baby vamos a ver Naked de Mike Leigh y yo te dije, pobre idiota ilusa, claro baby nos vemos a las seis en la estación de metro Radio City.

Esa tarde vagué sin sentido por la ciudad. Me metí al metro, cubrí varias rutas, fui al barrio árabe a la calle Dranaz por un hash. Luego me fumé el hash en el parquecito mientras miraba el tren elevado. Alguien desde el tren me hizo una seña con la mano y yo le mandé un beso que se diluyó en el aire caliente de la tarde. Fue un maldito beso que explotó en le núcleo del aire, puff!, y desapareció para siempre. Finalmente cogí la ruta del Radio City para cumplirte la cita y cuando entré al metro parecía que la gente se moría poco a poco en las nubes alucinógenas de las cinco de la tarde, esas nubes negras que olían a heroína con orines.

Más tarde nos encontramos en Londres. Estabas en el parque. Las palomas grises hacían maniobras confusas en el aire precario de la tarde y el olor de la lluvia me entró a los pulmones y me intoxicó. Caminamos por la trece y el conjunto de las luces, el conjunto de los rostros y de los olores nos marearon lentamente. Las campanas de Lourdes empezaron a sonar en el tejido del aire. En el aire había latidos. Grandes latidos. Latidos. Latidos de un corazón invisible, herido y borracho que bombea tinieblas sobre la lluvia, sobre la noche.

Antes de entrar a cine tomamos un café donde los árabes. Sensación conocida: café cargado, negro, espeso, un cigarrillo. Una conversación banal. Un golpe en el estómago. Mierda. Adrenalina pura. Subordinación. Escalofrío. Un tabaco. Un Marlboro. Otro café. Un beso. Un silencio. Un golpe en la cabeza. Salimos del café mareados, aturdidos, y el ruido de la ciudad nos abaleó el pecho y las miradas. Me dieron ganas de que te largaras para la mierda, pero dada la casualidad de que íbamos a ver Naked de Mike Leigh y entonces sentí y entonces sentí en el corazón cuatrocientos golpes, cuatrocientos golpes de brandy, cuatrocientos golpes de lluvia, cuatrocientos golpes de heroína, cuatrocientos golpes de sangre, de carne, de pólvora, de humo

azul, cuatrocientos golpes de tristeza, cuatrocientos golpes de cuatrocientas aves muertas revoloteando en mi pecho.

En el cine, la fauna de siempre. Un par de mamerto Una pareja de viejos embutidos en sus viejos gabanes, el borracho que siempre encontrábamos en los cines alternativos con su botella de coñac y las chicas universitarias con cara de que no se las habían comido en meses por estar viendo películas para solitarios todas las noches. Salí enamorada de Johnny, el clochard de la película. Yo te dije después que nunca había visto un man que se fumara tanto como ese. Era un man vestido de negro siempre envuelto en una nube de humo, un man como tú y yo, un triste man siempre flotando en las nubes confusas de los días como aviones absurdos, perdidos, a la deriva, un man como tú y yo navegaba en el cielo maligno de los días, esos días llenos de pequeñas lluvias donde se te llenaba la boquita de heroína y saliva negra. Un man bacano, ese Johnny.

Entonces llegamos a tu apartamento. Me metiste tres balazos en el corazón. Once de la noche. Me mataste. Después fumamos, tomamos un café, dos cuerpos extraños sumidos en la conocida confusión del amor después del cine, dos cuerpos desnudos atravesados por cuatrocientas espadas brillantes antes del café, dos cuerpos extraños sumidos en la conocida confusión del amor después del cine, dos cuerpos desnudos llenos de humo, dos cuerpos desnudos atropellados por la alucinación, dos cuerpos desnudos con la sangre llena de perros atroces, dos cuerpos desnudos naufragando en alguna ola de la marea de la noche, dos cuerpos oscuros fulgurando antes de apagarse para siempre el reflejo caliente de la lluvia.

A la media noche salimos y nos dirigimos a la estación del metro y allí me dejaste. Baby. Creíste que nunca más me ibas a volver a ver. Pura mierda. Me subiste al vagón y diste media vuelta. Yo me fui bien muerta. Lo último que me acuerdo eres tú fumando y yo sentada en el vagón mientras éste se deslizaba hacia la oscuridad del túnel.

Es verdad. Me mataste. Y estoy en el cielo, tal como tú querías. En el cielo. Tal como querían mis padres y tú. Muerta, en el cielo.

Ahora he vuelto. Estoy en el balcón. Tú acabas de regresar del cine. Me ves. Te detienes. Te acercas. Me observas en silencio. Fumas un cigarrillo. No has cambiado mucho baby. Abres la ventana. Afuera llueve. Me acaricias la cabeza con suavidad. Me dejo tomar en tus manos y me pones frente a ti. Entonces te clavo el pico en un ojo y la sangre brota lentamente. Mierda. Te saco el otro ojo.

Afuera llueve y las luces de la ciudad son peces suicidas que se destrozan en las aguas sucias y turbulentas de la tiniebla. Estás tirado en la mitad del salón y el viento frío de la noche te cubre. Llevas diez minutos muerto. Yo llevo diez minutos convertida en paloma.

El pez gato que engullía pianos negros.

Por: Rafael Chaparro Madiedo

Dentro de la especie de mujeres lluvia se encontraba Pussy, Pussy Lluvia. Lluvia. Húmeda Pussy Lluvia. Pussy tetas agua lluvia. Húmeda. Pussy saliva húmeda lluvia. Pussy lluvia lluvia lluvia. Pussy mi amor. Pussy love. Pussy lluvia. Pussy tenía la lluvia en la mitad de los ojos. En sus ojos llovía la lluvia negra de París. Pussy lluvia. Lluvia. Pussy húmeda. En sus ojos caían una a una todas las gotas antiguas que mojaban los techos de París cuando los gatos se escabullían detrás de las melodías remotas de los pianos negros. Pussy lluvia. Pussy húmeda. Húmeda. Húmeda. Pussy lluvia.

La había conocido en el bar La Mariposa Caliente. Ella estaba en una mesa que daba contra la ventana. Yo veía de Chatelet Les Halles. Esa tarde había comprado un par de discos. Rock Sur La Blanche y otro de The Psychomodo en una tienda musical llena de negros de la banlieu de la Plaine-Voyageurs que escuchaba melodías de Senegal. Entré al bar y pedí una cerveza fría. Encendí un cigarrillo y me dediqué a observar a esa mujer vestida de negro que miraba por la ventana hacia la calle. Cuando la vi supe inmediatamente que era una mujer-lluvia. Una mujer-lluvia. Una mujer-húmeda. Una mujer-lluvia se distingue a leguas por su forma acuática de mirar, por sus formas suaves, por el control transparente de su piel, por la forma como humedece poco a poco el aire circundante con sus manos, con sus babas, con sus ojos, con la lluvia secreta que sale de su cuerpo. Yo la mire y mis ojos se fueron hacia el centro de su corazón que flotaba en medio del reflejo incierto de su sangre sobre su rostro. Mierda. Una mujer-lluvia. Después me le acerque y charlamos un poco de libros, de universidad, de la comida china, de cine. Interesante. Otra cerveza. Otra. Un cigarrillo. Sueños dulces. Dulces sueños. Interesante.

En los días siguientes nos vimos. Nuestra primera cita húmeda fue en el Luxemburgo. A las tres de la tarde. Caminamos por los jardines y le tomé varias fotografías. Mientras caminábamos supe que la primera sensación que se tiene al estar junto a una mujer-lluvia en un parque, era la de flotar en el oleaje extraño de su voz caliente. Era la sensación de que el mundo, los árboles, el viento, las nubes, mis manos y mi cuerpo, todo mi cuerpo flotaba en el marecito azul que se producía en la corta distancia que separaba un labio de otro. Entonces empezó a llover y la lluvia me supo a Pussy. Miré hacia el cielo y las gotas de lluvia formaban en el aire nubes transparentes de agua que se diluían en el cabello de Pussy lluvia. Caminamos un rato sin sentido. Borrachos por la lluvia. Pussy lluvia. Mi corazón Borrachos. Mi corazón se emborrachó con esas nubes cargadas de un millón de gotas de agua que escribía el nombre de Pussy en la copa de los árboles, en el olor a mierda y orines de París a las cinco de la tarde mientras los habitantes se dirigían a las bocas oscuras y hambrientas de los metros, bocas de grandes animales somnolientos que esperaban a sus pequeñas bestias de cada día para alimentar su tedio sórdido. Pussy lluvia. Pussy lluvia. Lluvia. Pussy húmeda.

Al otro día fuimos al Pere Lachaise y tomamos whisky en la Tumba de Morrison. Mierda, la policía nos echó. Al cabo de un mes me fui a vivir con ella en su apartamento. Éramos dos seres felices y húmedos. La humedad nos cubría con su manto todo el cuerpo. Era una humedad amarilla, una humedad azul. Era la humedad de dos seres acuáticos que nadábamos en las podridas aguas del amor y los días. Era verano. Nos levantábamos tarde, yo preparaba café, ponía mis discos, fumábamos, nos tocábamos, le metía la lengua entre los dientes, le chupaba las tetas dos veces al día y después salíamos a caminar. Cuando nos cansábamos nos metíamos al metro, o nos metíamos al café a conversar.

Invierno. Un viernes la cosa se jodió. Una mañana empezó a llover como nunca. Los gatos de los techos se escabulleron hacia los sótanos y las campanas de la iglesia empezaron a teñir por entre las nubes sucias de París. Todo Paris se contagió con la canción triste de mil campanas reflejadas en el filo gris de la lluvia. En los árboles, en los gatos, en los pianos negros, en los rostros de las putas tristes de las callecitas hambrientas, en los rostros de los clochards de todas las callecitas oscuras y sombrías se reflejaba la canción podrida de las campanas de todas las iglesias de París mientras llovía. Llovía sobre París y las mujeres se pusieron más melancólicas. Tan melancólicas que una mañana recibí una llamada de un burdel de la calle Joubert para que fuera a ejecutar melodías tristes en el piano mientras las parejas anónimas ejecutaban sus amores anónimos a la luz de una lámpara mientras sonaba la música triste del piano y afuera llovía y sonaban las campanas de Paris.

A este pez gato le gustaba la música y por eso todo el tiempo a mi me tocaba tocarle algo. Cuando dormíamos el pez gato nadaba hacia Notre Dame, totalmente cubierta por las aguas, y entonces se introducía en la catedral y se acercaba al órgano para hacer vibrar los tubos. Cuando sucedía esto, la melodía del órgano de Notre Dame permanecía semanas enteras en el tejido de las aguas y se propagaba por todas las olas. Era una música absurda, lluviosa, húmeda, una música gata que se deslizaba con sigilo por todas las aguas sucias de París.

Durante una semana fui de aquí para allá con mi piano negro. Me empezaron a llamar de todos los burdeles. Mi reputación crecía rápidamente. Estuve en Pigalle interpretando melodías tristes mientras las mujeres más tetonas de Europa mostraban sus atributos a los habitantes oscuros de la noche. Estuve en el espectáculo de Katia La Teta Rumana, las mujeres, la repuntada de Pigalle. Después la cosa estaba tan triste y jodida que la alcaldía me contrató para que tocara en los parques mi piano negro bajo la lluvia. Mientras tocaba en los parques las palomas sucias de París se posaban sobre mi piano y se cagaban siempre en las piezas de Beethoven. Beethoven siempre ha ido bien con las palomas grises y tristes de Paris. Era una sensación extraña. Mientras la música se filtraba por entre las gotas de lluvia, a mi alrededor el parque entraba el letargo gris de las cinco de la tarde y entonces las palomas se cagaban despacio, despacio, despacio, las palomas se cagaban sobre el piano, se cagaban sobre Beethoven, se cagaban sobre el rostro de la gente, sobre el aire negro de la tarde y era cuando empezaba a oler a orines y

mierda y las campanas de todas las iglesias de Paris parecían que estuvieran siendo tocadas por mil manos negras, dementes, rotas. Tarde inconclusa. Lluvia inconclusa. Lluvia Palomitas inconclusas. Entonces yo encendía un cigarrillo y sentía allá adentro en el corazón una mierdita inconclusa. La lluvia continúo varios días. Días. Días. Lluvia. Lluvia.

No dejaba de llover y los habitantes eran fantasmas vestidos de negro que se deslizaban con lentitud por el vaho confuso de la niebla del invierno. La lluvia cada día era más fuerte. Un día las escuelas dejaron de funcionar y la televisión y la radio dejaron de transmitir. Pussy y yo llevábamos una semana recluidos en el apartamento. Al principio nos pareció una situación propicia para el amor porque mientras las gotas de agua golpeaban los cristales, adentro hacíamos el amor. Pero después de una semana de reclusión, de whisky, café, cigarrillos y amor, la situación se hizo insoportable. Una mañana me llamaron de un café de la Rue Voltaire para que fuera a tocar en un bar lleno de agua. Un maldito bar acuático.

Afuera la lluvia seguía y la ciudad había dejado de funcionar en gran parte. Me puse el abrigo, los guantes y Salí a la calle arrastrando el piano negro. Cuando Salí a al calle no vi prácticamente a nadie. En la distancia se oían las sirenas. El agua me daba en los tobillos. Avance pensando por las calles el café de la esquina había cerrado. Más adelante en la entrada del metro había varios cuerpos muertos de unos clochards. Varias botellas de vino flotaban también. La lluvia no me dejaba ver. Puertas y ventanas flotaban a mí alrededor. El agua me daba ya por las rodillas. Las campanas seguían sonando. De pronto un mareo se apodero de mi cabeza. Alcance a ver la torre mayor Notre Damme casi cubierta por las aguas. El agua empezó a arrastrarme y el sonido de las sirenas se fue apagando poco a poco. Con mis pies alcanzaba a rozar las copas de los árboles. La corriente me llevo por todo París. Entré a varios apartamentos de los últimos pisos. Alguna gente flotaba a mí alrededor. Las tumbas del Pere Lachaise flotaban a mí alrededor y un olor a ceniza fresca me llego a los pulmones. Era el olor de mil muertos flotando en las aguas oscuras de la lluvia gris. Las palomas volaban en círculo y se posaban en la parte alta de la ciudad, en la torre de Sacre Coeur. Mi cuerpo era un barco negro que sobreaguaba ebrio sobre las olas llenas de mierda, gatos muertos, cadáveres y botellas de alcohol. Creo que llevaba tres meses en esas, flotando encima de mi piano negro. Por momentos tomaba aire y me dormía. Sin embargo, la mayor parte del tiempo me la pasaba interpretando música sobre las aguas. Tocaba mi piano negro mientras las gotas de lluvia me abalaban el rostro. Pensaba en Pussy lluvia. Pussy amor. Pussy love. Pussy lluvia.

Llovió siete meses seguidos. Un día los ruidos de los aviones me despertaron. Miré hacia el cielo y no vi nada. Mierda. El ruido venía desde adentro. A los pocos minutos un avión de Air Congo trató de despegar desde el fondo del agua. Estaba cubierto por una maraña de algas. A la distancia parecía una gran ballena herida que convulsionaba. Después estalló en mil pedazos. Las palomas del Sacre Coeur se asustaron y se escabulleron hacia el cielo gris. Otro día aparecieron las bandas de cuervos negros sobre París. Llegaron detrás de la lluvia. Picoteaban

los cadáveres que flotaban en las aguas. Lo primero que vi fue una nube negra acompañada de un ruido ensordecedor. Todo el día los cuervos volaban en círculo. A mi me volvieron mierda el rostro.

Después aparecieron los peces negros sobre las aguas. Eran enormes peces. Uno más grandes que otros.

A mi me devoró uno de vente metros de largo y unos tres de ancho. Fue una sensación confusa. Era tal vez un jueves. Apenas estaba amaneciendo. La luz plomiza del sol se difuminaba sobre las aguas. La torre del Sacre Coeur resplandecía a lo lejos. Un grupo de clochards que flotaba a mi lado me ofreció un poco de vino rojo que me quemo la garganta. Pensé en Pussy. Miré hacia la lluvia y la maldije. Entonces una gran ola nos separo y fue cuando el pez negro nos engulló. Fue una sensación confusa. Primero entró mi cabeza. El pez me empujo con su lengua roja hacia adentro. Con suavidad. Después el pez engulló mi piano negro. Cuando llegué al vientre del pez supe que era más grande de lo que pensaba porque había un parquesito lluvioso, gris. Un parquesito triste con tres soles y entonces supe que estaba al interior de un pez gato. Entonces me acordé de lo leído en Enciclopedie Fantastique des Animaux en la parte de los "peces gato". Todo pez gato tenia en su interior un parque lluvioso con tres soles y una mujer triste en alguna parte. Durante varios días estuve sentado en la banquita del parque interior del pez gato viendo llover. Las palomitas grises del parquesito volaban sobre los arboles inciertos hasta que finalmente me puse a tocar el piano. Mientras tocaba el piano allá en el parque interior del pez gato el aire se puso más triste que nunca y entendí que todos los peces gatos tiene en interior de sus parques una maquina que fabrica lluvias antiguas, negras y tristes. Los días pasaban. Una tarde apareció del otro extremo del parque una mujer. Una mujer fabricada en el interior del pez gato. Tal vez una mujergato. O una mujer lluvia. O tal vez una mujerlluviagato. Lluviagato. Gatolluvia. Se llama Blanche. Me dijo que había salido detrás de la lluvia al oír la música del piano negro. Durante varios días hicimos el amor bajo la lluvia del parque del pez gato mientras afuera nos llegaba el sonido milenario de las campanas de París como una canción remota que ejecutaba una orquesta alucinada compuesta de fantasmas, una orquesta de cuervos y perros negros que se diluían en la confusión de la lluvia que caía sobre la ciudad.

A este pez gato le gustaba la música y por eso todo el tiempo a mi me tocaba tocarle algo. Cuando dormíamos el gato nadaba hacia Notre Dame permanecía semanas enteras en el tejido de las aguas y se propagaba por todas las olas. Era una música gata que se deslizaba con sigilo por todas las aguas sucias de Paris.

Un día empezamos a notar que el pez se estaba achicando. El parque empezó a perder sus proporciones y llegó un momento donde el piano fue expulsado hacia el exterior. Más tarde apenas cabíamos Blenche y yo. Unos días más tarde Blenche y yo empezamos hacer parte del pez. Primero mis piernas fueron incorporadas. Luego las manos y el resto del cuerpo. Llego un

momento en el que solo nuestras cabezas estaban libres. El resto de nuestros cuerpos eran ya parte del pez gato. Finalmente llegó el día en que fuimos absorbidos por completo por la carne sucia del pez gato. Antes de ser chupados por la sangre lluviosa del pez gato le di un beso en la frente de Blanche. Ella cerró los ojos y lloró.

El triste pez gato se fue reduciendo cada vez más. La corriente sanguínea me llevo hasta la cabeza del maldito pez. Un día por fin fui convertido en su mirada. Era sus ojos. Entonces podía observar el fondo del agua, el fondo de París, el interior de Notre Dame donde el pez gato triste iba hacer sonar el órgano de la catedral. Recorrimos París debajo del agua. Nos metimos por las líneas del metro. En el interior los cadáveres flotaban y los vagones parecían acuarios macabros. Me percaté de que el pez gato tenía el tamaño normal de cualquier pez. Mas o menos un metro de largo tal vez menos.

Debió pasar un año. Las aguas empezaron a bajar. Un día empezamos a ver las copas de los arboles y el pez gato se puso más triste que nunca porque ya no pudimos entrar a la catedral a hacer sonar el órgano. Dejo de llover y las sirenas volvieron a sonar. Al cabo de unas semanas el agua había bajado bastante y nos tocaba refugiarnos en las líneas del metro donde las aguas todavía eran abundantes. Pero después las aguas del metro se fueron replegando y salimos. En las calles el agua apenas alcanzaba treinta centímetros de profundidad. Entonces empezamos a estrellarnos contra los zapatos de la gente que caminaba en busca de alimento. Mierda. Después de mucho tiempo me acorde de Pussy. De la dulce Pussy lluvia love. Pussy. Pussy lluvia. La situación estaba muy grave porque cuando no esquivábamos los zapatos de los habitantes, tenia que evitar las ruedas de los carros que ya estaban nuevamente circulando por las calles. La situación era desesperante.

Una tarde pasábamos por los cines de la Rue Champolion y la poca gente que se había aventurado a ir a cine hacia cola para ver una película rumana. Me acorde de la sensación de la vida cuando se va a cine, esa sensación mezclada con el olor de la lluvia, esa pequeña sensación de pequeña tristeza que se siente cuando uno sale de cine en la noche y siente el mundo en blanco y negro con subtítulos traducidos a la desesperación y al absurdo, a la confusión. El pez gato y yo estábamos tristes. Los arboles estaban grises y había esqueletos que colgaban de sus ramas. El sol estaba empezando a salir. Entonces sentí cerca de mí unos zapatos negros que se acercaban chapoteando con ansiedad. Mire hacia arriba. Dos manos grandes me agarraban y me sacaban del agua. Al salir del agua me sentí perdido y poco a poco fui sintiendo que el pez gato y yo moríamos tarde cubierta de una luz plomiza. El hombre nos metió en una cesta. Morimos asfixiados. Lo ultimo que alcancé a escuchar fueron campanas de Notre Dame, al sonido de las sirenas y los ladridos de los perros. También el sonido de los niños chapoteando en el agua. Black out. Mierda. Se nos fueron las luces.

El hombre abrió el cesto, nos sacó, nos puso en una tabla. Nos quitó las escamas. El hombre puso el sartén. Mantequilla. Mostaza. Albahaca. Una receta discreta, deliciosa, frugal, brutal.

Ajo, sal, vino y champiñones. Nos metió al sartén. El aceite caliente quemaba mi cuerpo. Yo miraba hacia el techo de aquella maldita cocina. Sonaba en el salón blues. Bring me the shot gun baby. Bring me the shot gun baby. Después el hombre nos cortó en dos y dispuso la mesa. Luego entró una mujer. La mujer le dio un beso al hombre. Se sentaron a la mesa. Destaparon un Bordeaux rojo, un vino rojo como la sangre, para incitar al amor, a la lluvia, al fuego, a los gatos, a la oscuridad, al sudor, a la saliva. Hicieron el amor. Con rabia. Con lluvia. Con sangre. Sus gritos secos hicieron eco en la música de la lluvia tejiéndose en la oscuridad húmeda de la noche.

Ahora estoy en la parte terminal de un intestino. Ella me engulló con elegancia, con suavidad, con la cena para dos. Son las doce de la noche y afuera, en el mundo, los gatos le hacen el amor a las gatas en los tejados envueltos por el perfume invisible del verano mientras Pussy lluvia, Pussy húmeda, en el baño se disponía a cagarme con suavidad y elegancia.

La suave lluvia de agosto sobre Nueva York

Por: Rafael Chaparro Madiedo

R.W. llevaba una vida agitada desde que vino a Nueva York. Mujeres, licor, cines, fiestas. El día de su cumpleaños número cuarenta, después de que su familia, muy poca por cierto, se fue, R.W. se dirigió al salón principal donde le gustaba leer enfrente a la chimenea. Atravesó los cinco salones de la casa, los ocho corredores oscuros y las ciento veinte escaleras de madera acompañado de su perro. Finalmente llego al salón de la chimenea y se sentó en el sillón preferido. Se restregó los ojos con los puños y un toc toc proveniente del otro sillón lo hizo reaccionar. Allí en el otro sillón estaba ella, La Muerte haciendo sonar contra el piso la guadaña. La Muerte producía con su guadaña una música extraña, una música extraña de reloj hastiado, de reloj fúnebre. R.W. le ofreció un trago y unos cigarros. Durante una hora La Muerte lo estuvo mirando fijamente a los ojos. Luego se tomó el trago de whisky, se fumó con lentitud un tabaco y se fue haciendo sonar la guadaña contra el aire. Era como el sonido de mil pájaros negros revoloteando bajo la lluvia, bajo la niebla del invierno.

A los ocho días La Muerte volvió. R.W. estaba en el sillón. Leía algo de Sherlock Holmes, su autor favorito. La Muerte se sentó en el sillón. El fuego de la chimenea producía un extraño brillo en el lomo de la guadaña. Antes de que dijera algo R.W. se dirigió al viejo aparato de radio y busco en el dial Radio WQT. En ese momento pasaba "Claro de Luna" de Beethoven. Durante una hora escucharon música. Después de un buen rato La Muerte le dijo a R.W. que jugaran una partida de naipes. R.W. palideció y La Muerte se río con una gran carcajada. La Muerte le dijo que no tenia de que preocuparse. Solamente era un juego, no se lo iba a llevar. Solamente se trataba que R.W. apostara su excelente colección de música clásica y La Muerte una guadaña de incrustaciones de esmeraldas y diamantes.

Durante tres semanas, cuatro días, cinco horas y seis minutos seguidos estuvieron en el salón jugando. Al final La Muerte salió vencedora y R.W. tuvo que ceder su colección de música clásica. Era un jueves en la noche, terminaron de jugar hacia las ocho de la noche. La Muerte se quedó dormida R.W. fingió que dormía y después de que oyó los ronquidos de ella se incorporó y con lentitud se acercó al otro sillón. La Muerte sudaba, roncaba y se movía como una bestia del bosque, como una bestia oscura. R.W acarició el lomo de la guadaña. Una y otra vez pasó la mano por ese lomo que había segado tantas vidas a lo largo y ancho de los caminos confusos y polvorientos del mundo entero.

El sábado siguiente volvió a venir. R.W. estaba en el jardín con sus perros. La luz del sol decaía y la noche se filtraba por las ramas de los arboles oscuros. La noche tendía sus alas de ave negra sobre el oxígeno negro de las tardes. De pronto los perros, todos los perros empezaron a ladrar hacia los árboles. R.W. busco en sus bolsillos un tabaco y espero a que ella llegara. En efecto unos instantes más tarde apareció La Muerte. Comenzó a llover. La Muerte

saludó a R.W. Después entraron a la casa. Fueron al salón principal, como de costumbre. Esa noche R.W. pensaba jugar una partida de ajedrez con La Muerte, pero ella le dijo que prefería dar un paseo por la ciudad. Tenía hambre de ruido, hambre de licor, hambre de gente, hambre de mundo.

R.W sacó del garaje su viejo automóvil, La Muerte se sentó a su lado. R.W. hizo deslizar el auto por aquellas calles llenas de avisos luminosos. Primero hicieron un paseo por la 42, la calle de sex shops. Putas, travestis, gays. De todo. Sodomitas. Mientras el auto iba rodando por aquellas calles apocalípticas, aquellas calles vaginales donde los líquidos oscuros de los sexos rojos explotaban en el aire, La Muerte sacaba la cabeza por la ventana y aspiraba con fuerza ese olor, ese olor que contenía sudor nocturno de las rubias y las morenas, el olor de los cigarrillos, el olor de las pistolas, el olor del whisky que salía de los bares sobre todo ese olor a chocha y gasolina que tiene Nueva York.

Después entraron a cine, en el Village, y La Muerte armó tremendo escandalo porque en el fin hubo tres muertes y ella no tenía nada que ver con ese asunto. R.W la sacó de allí y se metieron en un bar alternativo. Esa noche tocaron los diez Indios Malvados, una banda punk del sur de NY. La Muerte se emborrachó con cerveza y hacia las dos de la mañana R.W. la sacó y se montaron en el auto. Por el camino La Muerte hizo montar una chica de la calle. Esa noche R.W. no pudo dormir. La Muerte llenó la casa de putas y con todas hizo el amor. Cada vez que las penetraba, las mujeres daban alaridos espantosos. A la mañana siguiente La Muerte desapareció y durante ocho días no se reportó.

El sábado llegó de nuevo y se sentó en el sillón de costumbre. Durante cuarenta años La Muerte llegó todos los sábados a la casa de R.W al mismo sillón. Jugaban cartas, hablaban, escuchaban música. Sin embargo, el día del cumpleaños número ochenta de R.W. La Muerte le dijo a éste mirándolo a través de su vaso de whisky con hielo, que ya era tiempo de que la acompañara, R.W. se rió y le pareció que después de cuarenta años de estar compartiendo con ella momentos agradables no era justo que se lo llevara. No quedaron en nada. Simplemente La Muerte ese día se fue como si nada.

A sus ochenta años R.W era ya un hombre que no podía darse el lujo de tener grandes placeres. Atrás había quedado las épocas de los whiskys, los tiempos de estar rodeado de suaves pieles de mujeres, las horas de estar bajo las babas y los sudores de las rubias de Nueva York. Por eso cada ocho días, los sábados a las tres de la tarde se dirigía cerca de Central Park a la chocolatería de la señora Hark y compraba una libra de chocolate con forma de animales. En verdad aprovechaba para contemplar el esplendor de Nueva York. Definitivamente la época que más le gustaba era verano. Le gustaba ver a toda esa gente tirada en los parques leyendo y entonces cerraba los ojos y aspiraba el aire amarillo de verano, ese aire que contenía vida. Después se dirigía a su casa y allí encontraba a La Muerte sentada en el sillón y siempre le recordaba que ya era tiempo, pero R.W le ofrecía un chocolate y a La Muerte siempre se le

olvidaba y al rato, luego de haber escuchado música o jugado ajedrez con R.W se iba. El cuatro de agosto, sábado de verano la vida parecía estar en su esplendor. El sol iluminaba la tarde, el sol iluminaba los altos edificios de Nueva York. R.W. se dirigió como de costumbre a la chocolatería de la señora Hark y compró la libra de chocolates. Ocho días antes La Muerte le había mostrado un boleto que decía "R.W. 89898989. 4/Agosto/94". La Muerte lo dejó encima de la mesita, cerca del sillón y le dijo que ya no había nada que hacer. Ese sábado estaba planillado.

R.W. llego a su casa. La Muerte acariciaba el lomo de la guadaña. Sonrió R.W se sentó en el sillón y le dijo que quería morir allí sentado, pero antes quería comerse sus chocolates. R.W. le ofreció un chocolate a La Muerte y se aseguró de que fuera el que estaba envenenado. La Muerte se lo comió y allí mismo en el sillón empezó a convulsionar como una bestia, dando alaridos. Espasmos.

R.W. salió a la calle y se mojó con la suave lluvia de agosto que caía sobre Nueva York.

John Tigris

Por: Rafael Chaparro Madiedo

Mi nombre es John Tigris. Aventurero. Cazador. Borracho. Mujeriego. Desperdicio el dinero. Desperdicio el tiempo. He estado en muchos lugares: en las selvas del Brasil, en el Polo Norte, en el Sahara, en Nepal, en el Desierto de México. Mi gran pasión es la cacería. He cazado animales en casi todos los lugares del planeta. Mi reputación es muy grande. En mi casa tengo las cabezas disecadas de leones, venados, osos, elefantes, dantas y muchos otros animales. Sin embargo, en el salón principal de mi casa falta un trofeo, tras el cual muchos cazadores han perdido la vida: los tres tristes tigres del Alto Volta, que nadie nunca había podido cazar.

En el invierno de 1986 hacía bastante frío en París. Yo pasaba los días en el barrio latino, de café en café, de cine en cine. Acababa de llegar de Manaos donde estaba cazando un jaguar sagrado de los yacunas. Aquella noche de invierno me hallaba en el Bar Haddock tomándome una copa. Me despedía de la vida libertina de París, pues al día siguiente me iba al África tras los tres tristes tigres del Alto Volta, que me esperaban escondidos entre los vientos negros de la selva. Esa noche me embriagué. Llené mis pulmones de humo y mientras caminaba por las calles heladas pensaba en las columnas verdes de los árboles africanos, pensaba en el olor de la pólvora mezclado con el olor de la selva, pensaba en el olor de un cigarrillo mezclado con el granizo confuso de las aves escabulléndose en la copa de los árboles.

Al otro día, muy temprano, en la mañana volaba hacia África, hacia el Alto Volta. Me dirigía hacia el rio Ube Tugo, que en lengua nativa significaba "donde acaba la luz". Allí era donde empezaría la cacería de los tres tristes tigres del Alto Volta. Mientras viajaba en el Fokker que rompía la monotonía del cielo africano, el olor de la gasolina blanca llegaba hasta mis pulmones y se mezclaba con el perfume confuso de mi sangre contaminada de brandy y nicotina.

Nunca había estado en el Alto Volta. Había estado en Angola, en los setentas, combatiendo. También alguna vez estuve en Tanzania y en Etiopia traficando agua, gasolina y comida. Ayudé en el Congo a varios militares en diversos complots. Debo decir que tengo un conocimiento bastante acertado del continente africano. Tal Vez África y América Latina se parecen mucho. Los climas y los militares malsanos son características similares. Pero todo se arreglaba con un buen puñado de dólares, unas cuantas armas y putas finas. So easy viejo, so easy viejo.

Aterricé en una ciudad llamada Tute Ogo. Una verdadera caldera infernal. El ambiente estaba caldeado. Había rumores de un golpe militar y al parecer una guerra civil estaba próxima a estallar entre las diferentes tribus que estaban ansiosas de adquirir armas en el mercado negro. Hice algunos contactos en el lobby del hotel. Esa misma noche hice un paseo por la ciudad.

Cogí un taxi. Le ofrecí whisky al negro, que me sonreía con su blanca dentadura perfecta y le dije que me llevara a la acción. Estuve observando varios burdeles de la ciudad. Para conocer un país hay que ir a dos lugares claves: los burdeles y las iglesias. Por la forma como bailan, se emborrachan y seducen a las mujeres conoces el temperamento de un país. Si lo hacen abiertamente estas con gente que te mata de un tiro en el pecho. Si una mujer, por el contrario no te mira a los ojos en un burdel, con seguridad estás en un país donde te matan por la espalda. Si en las iglesias vez sinceridad en las mujeres que rezan, estás en un país donde te reciben en su casa sin dudarlo un instante. Si ves mezquindad en el rostro de las mujeres, entonces te hallas en un país donde te reciben en las casas pero para robarte. En el Alto Volta estaba en un país donde sucedía lo primero. Esa noche me embriagué y regresé tarde al hotel. Al otro día partí de nuevo por el río Ube Tugo. Mi guía era un robusto negro llamado Lome, que tenía a cargo siete hombres armados.

La Selva nos engullía poco a poco en sus largos brazos verdes a medida que avanzábamos por el río sentíamos que éramos tragados por una bestia oscura que abría su jeta con lentitud mientras caía la lluvia oscura del trópico africano. A nuestro alrededor la orquesta negra de la selva ejecutaba su sorda melodía de tambores y murmullos mientras los huesos se podrían en el interior del cuerpo.

Al segundo día entramos en la zona de la tribu Kobi, famosos cazadores de cabezas. Desde que entramos en su territorio los arboles eran más negros y los espíritus de la selva nos rondaban con lentitud. Eran los espíritus del agua, los espíritus salvajes del viento amarillo, los espíritus del fuego, los espíritus verdes que iban y venían y se tejían sobre ese aire confuso, oscuro. Lome me comunicó que para espantarlos lo mejor era fumar. Mientras la barca se deslizaba con suavidad sobre el agua podíamos sentir los espíritus rozando nuestra piel. Sabíamos que estaban ahí. Los sonidos me producían los espíritus eran como murmullos de piedras rotas cayendo en el agua.

Finalmente llegó lo que habíamos presentido. Perdimos el sentido del tiempo. También fuimos perdiendo tripulación. En las noches mientras los tambores taladraban el río y los espíritus de la selva rondaban con suavidad a nuestro alrededor, nuestros hombres desaparecían misteriosamente. Al otro día Lome y yo comprobábamos que uno de los hombres faltaba. No se cuánto tiempo navegamos por aquel maldito río. Mientras las aves prehistóricas volaban en círculo sobre nuestras cabezas la música negra de la selva nos taladraba la sangre. La música oscura de la tiniebla poco a poco nos alucinaba y penetraba por la piel como una baba extraña, una baba invisible que recubría el aire, el agua, la selva.

Nuestra barca se deslizó por el interminable rio día tras día. Finalmente llegamos a un claro en la selva. Parecía un claro amigable. Saltamos de la barca en busca de alimento. Lo único que nos quedaba era una botella de whisky, que usábamos para untarnos en el cuerpo para espantar las moscas tsé tsé, y unos cuantos tristes cigarros. Habíamos perdido inclusive los fusiles. Al

final de la tarde nos venció el sueño. Caímos como piedras negras. Como piedra rojas ciegas confusas. De pronto algo me despertó. El sol ya caía. La tiniebla se tejía con lentitud entre los árboles. Un ruido me despertó. Miré a mi alrededor y Lome había desaparecido. En ese instante la música de los tambores arreció y la lluvia negra de la selva se precipitó sobre el follaje. Mierda. Sentí ruidos cerca de mí. Después escuche varios rugidos de tigre. Corrí hacia la barca y ya no estaba. Entonces me metí en la selva. Detrás de mí empecé a sentir la respiración agitada de mil bestias negras tratando de atraparme. Mil manos negras detrás de mi cuerpo se agitaban en la oscuridad. Mil voces rojas retumbaban entre los árboles. Corrí como nunca había corrido. Las ramas golpeaban mi cuerpo confundido. Mientras corría los rugidos llegaban de diferente intensidad. Llegaban del aire, de la tierra. Eran los rugidos de los tigres del viento, del fuego, rugidos de los tigres del agua. Los espíritus de los tigres me perseguían y venían volando por entre las ramas. No había duda. Estaba en el territorio de los tigres del Alto Volta. Finalmente después de un largo trayecto caí a un hueco y me desmayé.

Llueve. Noche oscura. Ahora acabo de despertar y me acabo de dar cuenta de que solo soy una cabeza. Soy un trofeo de caza colgando en el tronco de un árbol mientras allá abajo los tres tristes tigres del Alto Volta fuman y hablan sobre su última aventura de cacería

Joe y el Zoológico de Metal.

La Ciudad de Hierro siempre ha sido y será una atracción. Una atracción fatal donde la felicidad huele a aceite quemado.

El tren del Amor, el Tren Fantasma, el Gavitrón. Aquí uno se encuentra con niños cansados de los infernales partidos de futbolito a doce goles y los discursos aburridos de los héroes. Aquí vienen a pasar en limpio las emociones de borrador que sentían frente al televisor cada vez que un superhéroe era lanzado por un abismo a 1000 k.p.h. Aquí, las palomitas de maíz también lo saben, esta Joe, el vaquero que más veces ha muerto y resucitado en la Ciudad de Hierro.

Por: Rafael Chaparro Madiedo

Nubes de metal, Flujos del acero en estado de ingravidez. Palomitas de maíz para curar la tristeza del final de las vacaciones. Luces de neón frío sobre el frío. Frío frío sobre el neón. A la entrada del parque el mundo todavía tiene ese lastre que lo hace tan real como esta buseta atestada de hombres y mujeres que miran por la ventana esa película que todas las mañanas y tardes les proyectan sobre pantallas de tedio. Es un filme para todos. En realidad, las busetas son pequeñas salas de cine, una especia de cinemateca con carácter de cuatro cambios, donde por tan solo treinta y cinco pesos de felicidad huele a aceite quemado. En pantalla gigante les proyectan la gran película urbana donde ya no sale rugiendo el león de la Metro Golden Meyer, alimentado con cabras cuidadas con vitamina K, sino un perro callejero que anuncia el cartel de la hidrofobia, la claustrofobia, todas las fobias, las hidros y los claustros.

Sube la canasta familiar, suben las canastas que transportan a varios pequeños, con caras de marcianos del barrio La Soledad, hasta las nubes de metal. En sus ojos un vértigo lubricado les hace sentir el mundo como un disco rayado que les repite frente a sus rostros cielos confusos y la tierra borrada. Son pequeños profetas del metal. Profetas recién iniciados. Siempre resulta curioso que los niños vayan al parque de metal cuando no tienen nada más que hacer. Es como si quisiera sentir el mismo vértigo de Centella cuando lucha contra Garra de Satán sobre su motocicleta psicodélica, línea de Yokohama. Debe haber algo extraño y misterioso, alguna mística del aceite, las palomitas de maíz y el metal, algo que hace que las arañas de acero, el cohete de la justicia, el tren del amor y el tren fantasma, sean las legiones de una especie de armada invencible de la imaginación. En realidad, que puede pensar un niño en una aburrida tarde de enero cuando sabe a leguas que Batman será derrotado, que Superman lee discursos tediosos en la ONU y que los Prisioneros son unos farsantes.

Lo único que le queda es ir a conocer el parque de diversiones donde el pasto son mil cables de electricidad y donde hay mangueras de luz que alimentan los caprichos y las piruetas de los aparatos que un morocho de Buenaventura maneja desde su caseta como si estuviera en un astillero del puerto.

Allí pasarán en limpio sus emociones contenidas por años y años. El vértigo de la montaña rusa ya no será el mismo que sentía frente al televisor cuando veían uno de los superhéroes cayendo por un abismo a 1000 k.p.h y entonces el corte comercial decían: "será que podrá sobrevivir al ataque del Guason o de los hombres de hielo?". Ahora si tendrán las entrañas en el cerebro y los ojos apunto de deslizarse de sus cuencas. Tendrán sensaciones donde las neuronas explotaran en el fondo de la cabeza como los fulminantes de sus pistolas de juguete, pensamientos empacados en blancas bolsitas de materia gris, como palomitas de maíz dulces y bombas de helio. Cada neurona salta fatigada por un látigo de electricidad. Allí empieza a imaginar a el cerebro con una alucinación de estación lunar. Esos mismos niños que unas tardes atrás, pensaban que la felicidad era mojarse bajo la lluvia tratando de acabar el infernal partido de futbolito a doce goles, comprueban que la inmortalidad es un cohete donde alcanzan la ingravidez. Allí comulgan con el placer que les proporciona la corriente alterna. Con orgullo pueden decir que su felicidad es una pistola de fulminantes ardiente. Una pistola que dispara futuro sobre los paquetes de papas fritas.

Como un muñeco de trapo

En la mitad del parque, donde nadie se da cuenta, hay una calle polvorienta del Lejano Oeste donde la vida se resuelve con plomo y donde los días parecen fabricados con fusiles. Está más allá de las palomitas de maíz y de las maldades del grupo de niños que se cuelan en los aparatos y asustan a los más pequeños con horribles mascaras. Días de sol, cabarets, tabacos duros, largas jornadas a caballo por el desierto y whiskey. Días donde el mejor plan es asaltar el banco del señor Weston, ese que tiene una preciosa hija rubia que nunca deja salir más allá de la esquina, ese mismo que fuma pipa con picadura inglesa.

Una noche estrellada, entiéndase una noche agujerada por las balas, todo el pueblo se ha reunido en la mitad de un lugar que dicen llamar "patíbulo". Son como las nueve de la noche. La canción de los caballos cabalga sobre el viento. La oscuridad esta violada por antorchas de petróleo que parecen las cabelleras ardientes y furiosas de cien mujeres atadas a las columnas de madera de las casas que bordean la calle. Todo el mundo habla. Más bien murmuran. Las señoras cuchichean. En sus rostros se transparenta una cierta satisfacción, aunque algunas, sobre todo las más jóvenes dejan ver un cierto desasociego. Los señores fuman y beben licor de sus bolsilleras para quebrar el frío que se pega a los abrigos y a los sombreros. En sus rostros hay esa mirada que solo surge cuando se ha vencido a la tribu de Coshise o cuando el inmenso lote de ganado pudo llegar hasta El Rosado. Tejas. Hasta los niños están presentes. Están vestidos como para una gran ocasión. De pronto, todo el mundo se calla, como si un gran cuchillo oscuro hubiera cortado sus gargantas. Los caballos dejan de caminar sobre la hierba, las señoras se santiguan, los señores, inclusive el señor Weston, con su hija, se apartan y hacen un gesto como si se hubiera anunciado la llegada de algún profeta. Todo queda en silencio. Las miradas están petrificadas. Del final en penumbra de la calle se oye el lento caminar de unos

caballos. Caminan produciendo un sonido particular, un sonido de hierba serena. Entonces aparecen tres caballos.

En el del centro va un hombre con las manos atadas y el sombrero sobre la espalda apenas sostenido por el barbuquejo. En los dos caballos de los lados, dos hombres con escopetas miran a la gente atiborrada a lado y lado de la calle. Avanzan lentamente hacia el patíbulo que se vergue como un extraño edificio de madera en el final de la calle. De pronto una bella chica rompe el silencio y se lanza corriendo sobre el trio de hombres a caballo. Los hombres paran sus bestias. El brillo de los fusiles se agudiza. La chica se detiene ante el hombre de la mitad y lo mira. Se miran. La chica pide al hombre, sin hablar, que se incline. El obedece. Se inclina y ella le pone el sombrero sobre su cabeza, que suda frío. Sale entonces el sheriff a leer un papel. Un muchacho lo alumbra con una mecha de petróleo. Todo el mundo escucha. Nadie se atreve a prender fósforos. El hombre del caballo esta absorto. No escucha. Sólo piensa en la chica que se ha confundido en la multitud. Lo bajan del caballo. Lo suben al patíbulo. La soga le hace cosquillas en el cuello. El sheriff le venda los ojos con una banda negra. En el momento cuando la soga esta apretada y el encargado de correr la butaca, un muchacho pálido, estira el pie para cumplir su misión, el vaquero casi es arrollado por un auto. Está en la mitad de una gran avenida. Las luces de neón aturden. Los pitos, la gente que le grita lo asustan. Corre por la mitad de la calle despavorido. Llega por fin a un parque de diversiones. Se siente a salvo. Ve a una niña que camina por ahí con un paquete en su mano. Lleva una muñeca y una trenza roja. La niña tira su paquete al piso. El vaquero la recoge y empieza a comer extrañas cositas blancas con sal. Sabe bien. De pronto unos monstruosos caballos de metal, con unos estribos que echan candela, que él nunca había visto empiezan a rodar. Suenan como si estuvieran adoloridos. Entonces se tapa los ojos. La niña pelirroja lo descubre y le coge la mano. Salen juntos. La gente se amontona para ver al "último vaquero auténtico". Un padre se acerca y le toma una fotografía. Para hacer más autentica la foto le dan una pistola de plástico. Era como tener a su novia otra vez. La hace rodar en los dedos.

Ha sido un día duro, viejo

Un flash lo enfurece y entonces le pega al señor. Llega un policía y entonces se cuadra como solía hacerlo en los duelos en las polvorientas calles de Magnolia, Tejas, a lo largo de todos los poblados miserables del cañón del Colorado. O en Méjico. El policía simplemente dice "O.K Joe cálmate ¿Ha sido un día duro, eh? Toma unas vacaciones viejo..." Joe no comprende. ¿Cómo así que Joe? La niña se le acerca nuevamente y lo toma de la mano. Come otra de esas extrañas cositas blancas con sal. Unas pistolas gigantes giran sobre su cabeza. Una especie de tren para dos personas, que nunca habían visto, van por el aire. La niña lo conduce a un puesto donde hay unos concursos. Uno de ellos es hacer blanco con unas bolitas a un banquito donde está parado un muñeco de un hombre a punto de ser ahorcado. Joe queda petrificado. El muchacho encargado de este puesto era el mismo encargado de correr la banca el día de su

muerte. Pero ya era muy tarde. La niña pelirroja ya había lanzado la bolita azul. Vio como la bolita dio en el blanquito y como la soga se deslizo y apretó el cuello de trapo del muñeco. Oye voces. Entonces grita para que le quiten la venda. El sheriff se acerca y procede a cumplir la exigencia. Allá en el fondo de la multitud reconoce esa pequeña trenza roja. Esta con su muñeca de trapo. Ella lo saluda con la mano. Entonces, siente bajo sus pies el ruido negro del butaco corriéndose. Otra vez en el parque de diversiones. Se contempla: esta convertido en un atroz muñeco de trapo que alrededor del cuello una soguita igualmente atroz. El policía que le dijo "Joe" pasa por enfrente y le dice al muchacho débil y pálido que lastima del vaquero "¡Vaya forma de morir!" Joe no puede hablar ni gritar. Al fondo las luces y los leones de metal del parque rugen como aceite quemado. El parque sigue su ritmo, los corazones solitarios encuentran un sosiego medio oxidado en medio del neón, los cohetes de la ingravidez y los perros calientes. Joe no puede mover su brazo de trapo viejo y maloliente. "Si solo tuviera mis pistolas...". Entonces enfrente suyo un grupo de niños malvados apuntan hacia su butaco. Ve una bola anaranjada que se dirige directo hacia su butaco...